

CUANDO TODO SE VUELVE CORRECTO

Tenía miedo de que todo funcionara,
de que el “quizá” se hiciera claro,
de que el misterio se apagara
y el juego quedara acabado.

¿Qué sería del rechazo,
de su pulso acelerado,
de ese dulce latigazo
que nos deja suspendidos y callados?

Si tú me dijeras que sí,
si yo dejara de insistir,
¿a dónde irían los “no planes”,
los mensajes por escribir?

Las conversaciones perderían filo,
ya no habría doble sentido;
lo incierto mudaría de estilo,
y el vértigo se volvería olvido.

Las citas clandestinas,
las miradas sostenidas,
las despedidas en las esquinas
que parecían definitivas...

Todo sería tan correcto,
tan seguro, tan perfecto,
que el error —nuestro pretexto—

quedaría sin contexto.

El juego del gato y el ratón
moriría sin condición;
ya no habría persecución
ni excusa para el corazón.

Si yo ya no te busco
y tú ya no me ignoras,
si dejamos el disfraz brusco
que nos salva y nos devora,

¿en qué invertiríamos las horas?
¿en qué gastaríamos el deseo?
Si ya no existen demoras,
¿qué haríamos con el titubeo?

Tal vez me asusta el acierto,
la calma después del intento;
porque el rechazo, incierto,
mantiene vivo el movimiento.

Es esa herida pequeña
que no sangra, pero enseña;
esa duda que se adueña
y en la espera nos empeña.

Por eso temo que funcione,
que el “no” deje de existir;
porque cuando todo se impone,

ya no hay nada que perseguir.

Y quizá no sea amor

lo que late en el centro,

sino el miedo al sí rotundo

y al silencio del encuentro.